

Integrismo

Año VII, Nº 19, Diciembre 2011 - Director : Pbro. Héctor Lázaro Romero



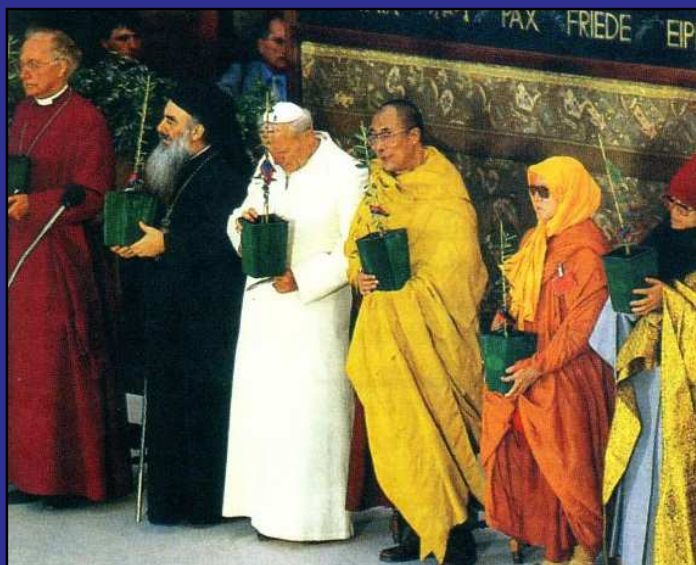
Asís 2011

HOY...

"Diálogos con Roma" 2011



...COMO AYER...



Asís 1986



"Diálogos con Roma" 1988

Imágenes de tapa: *Arriba y abajo a la izquierda:* Congreso de las religiones en Asís convocado por Benedicto XVI y por Juan Pablo II (27 de octubre 2011-1986). *Arriba y abajo a la derecha:* Mons. Fellay es recibido por BXVI (29 de agosto de 2005); Mons. Lefebvre firma el Protocolo presentado por el Cardenal Ratzinger (5 de mayo de 1988).

REVISTA INTEGRISMO Nº 19

Sumario

Editorial.....2

Declaración del Instituto *Mater Boni Consilii* acerca de Asís.....7

Mons. Gherardini, Vaticano II y la hermenéutica de la continuidad.....8

Introducción a la vida devota.....17

Editorial

Hoy como ayer... escribimos en la portada... hoy como ayer, podríamos decir también respecto de nuestra patria, en este año de elecciones. Es triste comprobar la ceguera e incomprensión de la situación de tantos hermanos nuestros, e incluso de aquellos que debieran comprender. Unos se conforman con un cierto bienestar económico (?), sin preguntarse qué hay detrás o si es real y duradero; otros ponen sus esperanzas en estructuras partidarias o aluden a supuestas ideas presidenciales contrarias al aborto, sin prestar atención al voto concreto de los diputados del gobierno. Y sin prestar atención, ante todo, a la destrucción de las instituciones de la Patria. Por eso estamos hoy como ayer.

Pero en la portada nos referíamos a la situación de la Iglesia, al “hoy y al ayer modernistas” y al “hoy y al ayer tradicionalistas”. El “hoy y el ayer modernistas” lo expresamos con el término “Asís”, el cual resume en una palabra, en un acto (repetido), estos casi cincuenta años de errores conciliares: hoy como ayer.

Asís 2011



¿Y el “hoy y el ayer tradicionalistas”? Desgraciadamente, también en este orden, el hoy es sustancialmente igual al ayer. Nos explicamos haciendo un poco de historia:

“Estas dos tendencias contradictorias de Mons. Lefebvre, trabajar con el Novus Ordo por un lado y por el otro, preservar la Fe Católica, estarán en el origen de las dos tendencias que nacerán en Ecône: la *línea de los blandos*, los liberales que pretendían comprometer la Fe Católica con el fin de obtener la aprobación del Novus Ordo; y la *línea de los duros*, que preferirán abandonar toda esperanza de aprobación por parte del Novus Ordo antes que comprometer la Fe. (...) Monseñor dio a las dos facciones motivos de esperanza. Algunos actos y declaraciones se colocaban del lado de los *blandos*, otras del lado de los *duros*. El resultado fue que cada partido podía presumir de ser el intérprete de las ideas y de las tendencias de Monseñor”.

Esta cita pertenece al excelente artículo de Mons. Donald Sanborn, ex-rector del Seminario de la Fraternidad San Pío X en USA, “*Los montes de Gelboé*” (cf. *Integrismo* nº 10), cuya lectura y meditación es necesaria para comprender el verdadero problema de Mons. Lefebvre y de la Fraternidad San Pío X.

Hace tiempo que escuchamos hablar mucho justamente de la correcta o de la falsa interpretación de las ideas y de los textos de Mons. Lefebvre, de “preámbulos doctrinales”, de discusiones, de “diálogos con Roma”, ¡pero que poco se habla del Magisterio de la Iglesia! Es más, parece el gran ausente en todo esto. Parece incluso haber sido reemplazado por otros elementos. Trataremos de ilustrar esta idea con algunos ejemplos.

Relata cierto sacerdote que, habiendo pedido a Mons. Tissier de Mallerais una justifi-



Asís 1986

cación doctrinal de las consagraciones episcopales, obtuvo la siguiente respuesta:

“Yo acepté las consagraciones 10% por razones especulativas, que expuse en su momento a mis fieles: 1) Papa ocupado, luego inhabilitado para decidir válidamente en la materia; (...) 4) inspiración divina concedida a Monseñor (...) Y por 90%, yo acepté la consagración por confianza en Monseñor y eso es suficiente... Monseñor tuvo la gracia de estado para tomar la decisión de la consagración y tuvo las luces para tomarla, nosotros tenemos simplemente la gracia de seguirlo y eso es suficiente, caminamos en la fe”... (Carta del Abbé E. Berger, 30/6/94).

Yo mismo recuerdo cuando, estando encargado en el seminario de recordar a los fieles de la Misa dominical las fechas importantes de la semana y tratándose del aniversario de la muerte de Mons. Lefebvre, pedí a los fieles oraciones por su alma. El entonces director, me hizo luego la siguiente corrección: *“No se debe rezar por Monseñor, se debe rezar a Monseñor”...*

También recuerdo la enseñanza de otro sacerdote en el seminario: *“No hay que querer hacer mejor que Mons. Lefebvre. Él es el Hombre suscitado por Dios, el Hombre de la Providencia... No hay que caer ni a derecha ni a izquierda, no hay que ser ni modernista ni sedevacantista [o “cismático”]. Fidelidad a la línea de Mons. Lefebvre”...*

Hoy se sigue discutiendo quien es fiel o no a la “línea de Mons. Lefebvre”... Mientras tanto, el Magisterio y los principios siguen olvidados, reemplazados por las “líneas”, los “hombres de la Providencia”, y por el pragmatismo. Mons. Sanborn, en el artículo arriba citado, nos recuerda algunos hechos:

“A pesar (...) de la reunión de Asís y de otros crímenes ecuménicos ultrajantes por parte de Wojtyła, las negociaciones con el enemigo prosiguieron su curso hasta el fatídico día del *Protocolo*: 5 de mayo de 1988 (...). Después de meses de negociaciones con Ratzinger, un documento (...) preparatorio antes del (...) acuerdo definitivo (...) fue presentado a la firma de Mons. Lefebvre. En este fatídico *Protocolo* (...) Mons. Lefebvre:

1) prometía fidelidad a Juan Pablo II y al cuerpo de los obispos del *Novus Ordo*;

2) estaba de acuerdo en aceptar el capítulo 25 de *Lumen Gentium*, reconociendo así al Vaticano II como la enseñanza de la Iglesia Católica, sin ninguna reserva;

3) aceptaba el diálogo con el Vaticano sobre los puntos discutidos del Vaticano II, la nueva liturgia, los problemas disciplinares, “evitando toda polémica”, dicho de otra manera, abandonando la denuncia pública del error;

4) reconocía la validez de la Nueva Misa y de los nuevos sacramentos, tal como fueron promulgados por Pablo VI y Juan Pablo II en sus ediciones oficiales, lo que implica que se trata de ritos católicos promulgados por la Iglesia, no pueden entonces ser inválidos;

5) reconocía el Código de Derecho Canónico, que por su propia boca había declarado lleno de errores, sino de herejías.

En contrapartida, Ratzinger concedía a la Fraternidad un lugar en lo que Mons. Lefebvre siempre llamó “la iglesia conciliar”. Además, estaba de acuerdo en sugerir al “Santo Padre” de nombrar un obispo elegido entre los miembros de la Fraternidad. Por otro lado (...) el Vaticano aceptaba constituir una “Comisión de la Tradición” para ayudar a salvaguardar las prácticas tradicionales.

El mismo día siguiente, 6 de mayo, Mons. Lefebvre violaba el acuerdo apenas aceptado, diciendo a Ratzinger que si el “Papa” no nombraba un obispo y preparaba el Mandato Apostólico (el permiso para consagrar) para mediados de junio, él procedería sin esperar más a la ceremonia. **Presentaba como razón** el hecho de que dejar el acontecimiento para más tarde **causaría** un sentimiento de **desilusión** entre los tradicionalistas. Además, añadía, **“hoteles, medios de comunicación, inmensas tiendas a montar para la ceremonia, deberían detenerse”**. (...)

“El Cardenal (Ratzinger) nos hizo saber que entonces sería necesario autorizar la celebración de una Misa Nueva en Saint-Nicolas-du-Chardonnet. Insiste en la existencia de una única Iglesia, la del Vaticano II. A pesar de estas decepciones, firmo el protocolo del 5 de mayo” (*Dossier sobre las consagraciones episcopales*, Ecône 1988, pág. 4) [Los resaltados son nuestros].

Estos hechos (y otras aberraciones teológicas, como la “Comisión Canónica”) son dejados de lado, y sin embargo parten de errores teológicos no solo sostenidos por Mons. Fellay o por el P. Schmidberger, sino por el propio Mons. Lefebvre. Léase detenidamente el siguiente análisis:

“Un ejército que combate por la coexistencia con los herejes:

Se escucha frecuentemente decir que si no hubiese habido un Mons. Lefebvre, no habría en absoluto movimiento tradicionalista, ni sacerdotes, ni Misa tradicional, nada. Esta afirmación es en gran parte verdadera. (...)

En efecto, si es Mons. Lefebvre quien tiene el mérito de haber armado y equipado este ejército de sacerdotes, es igualmente a él que

pertenece la responsabilidad de haber llevado a estos sacerdotes –así como a los simples laicos que los asisten– a la trampa del gran enemigo. Esta trampa del enemigo consiste en atraer la resistencia al modernismo haciéndola pasar por una rama tradicionalista de la religión modernista, una “High Church” sobre el modelo de la rama conservadora del anglicanismo.

Esta trampa, esta “solución” del problema del Vaticano II y de sus reformas, sirve perfectamente a los fines del modernismo. Como la araña en su tela, él captura así virtualmente hacia el interior de su religión reformada, herética, toda resistencia que pudiera oponerle el catolicismo. Él la captura, le pone sus condiciones, la contiene y la desviriliza. La Iglesia “Católica” apareció entonces a los ojos del mundo entero semejante a la Iglesia Anglicana, una iglesia en que la adhesión a la Fe Católica estaría reducida a la pompa litúrgica, y donde la “creencia católica” estaría en comunión con la herejía. Un tal sistema reduce a la Iglesia Católica a una secta, pues ella no puede prestar el nombre de católico a los herejes modernistas y al mismo tiempo llamarse la verdadera Iglesia de Cristo.

Sin embargo, es la solución que ven los lefebristas a los problemas de la Iglesia: coexistencia de los modernistas con los católicos en la misma Iglesia, en cuyo seno ellos tendrían sus iglesias y nosotros las nuestras, todos bajo el mismo papa que sería el Santo Padre tanto de los herejes como de los católicos. (...)

No, o bien Vaticano II viene de Dios, o bien no viene de Dios. O bien los cambios traídos por este Concilio vienen del Espíritu Santo o no vienen del Espíritu Santo. Si vienen del Espíritu Santo, deben ser aceptados y nuestra resistencia es pecado. Si no vienen del Espíritu Santo, es que vienen del demonio y no existe en este caso más que una respuesta de la Iglesia, es el anatema, mil veces el anatema y la excomunión de todos los herejes. No la coexistencia con la herejía y los herejes. Reclamar una tal coexistencia, es reducir la Iglesia a una secta, como las de los protestantes [Los resaltados en general son nuestros].

La resistencia que oponemos al Vaticano II y a sus cambios no tiene entonces por fin la obtención de una capilla lateral tradicional en el interior de la gran catedral modernista. No, nuestra voz se eleva para rechazar y denunciar la herejía, es la voz de la Fe contra estos herejes que han invadido nuestros edificios sagrados y los han colmado de la abominación herética.

Mons. Lefebvre ha provisto a sus sacerdotes de todo, excepto de la adecuada teología para distinguir a los enemigos de la Iglesia; ha formado un ejército que no sabe dónde está el enemigo. Combaten por el “reconocimiento” de las “autoridades” modernistas. Buscan ser absorbidos por los filisteos, no vencerlos. Quieren trabajar con el modernismo en el interior del Vaticano, y no expulsarlo. Combaten por la coexistencia con los modernistas, por compartir la misma Iglesia con los herejes.

El espíritu de “negociación con Roma” continúa haciendo su camino en el interior de la Fraternidad. El mismo término suena cismático, pues los católicos no negocian con Roma, se someten a Roma.

Poco tiempo después de las consagraciones de 1988, Mons. Lefebvre declaraba que las negociaciones continuarían y que preveía que en cinco años todo se resolvería. (...)

Una falsa noción de la Iglesia

El problema de fondo de la Fraternidad y de sus miembros es que trabajan a partir de una falsa noción de la Iglesia. Ellos miran la elección de Ratzinger por un colegio de cardenales del Novus Ordo, y de ahí concluyen que es un pontífice legítimo.

Y como la dificultad de estar en comunión con un hereje no les escapa, **dicen que BXVI está a la cabeza de dos iglesias: una, la Iglesia conciliar; y la otra, la Iglesia Católica. A veces él habla y actúa como jefe de la Iglesia conciliar; otras, como jefe de la Iglesia Católica.**

¿Cómo saber lo que viene de uno o del otro? Por Mons. Lefebvre que ha recibido de Dios la misión de pesar los hechos y las palabras de estos papas modernistas y de decirnos lo que hay que creer, lo que hay que hacer y lo que hay que pensar. Ahora que Monseñor ha fallecido, esta autoridad reside en el Superior General.

De este principio se debería sacar la conclusión lógica de que la infalibilidad e indefectibilidad de la Iglesia Católica, el depósito de la Fe, la salvación de todos los fieles, están en las manos del Superior General. La Iglesia Católica, la Fe Católica, la validez de los Sacramentos, lo que debemos creer para salvarnos, todo ha sido confiado al juicio del Superior General. (...)

Su sistema es defectuoso, en el sentido de que no comprenden que es la detención de la autoridad papal lo que hace que el Papa sea Papa. Esta autoridad, garantizada por el Espíritu Santo en materia de doctrina, moral, liturgia y disciplina general, **no puede** prescribir para la Iglesia falsas doctrinas o leyes malas que el fiel tenga necesidad de rechazar, que deba necesariamente resistir. Pero en general, el movimiento tradicionalista postula el rechazo sistemático de la doctrina, moral, liturgia y disciplina general del Novus Ordo, al punto de desarrollar un apostolado en oposición con el del “papa” y el de los obispos de las diócesis. Actúa así porque sabe, a justo título, que la doctrina, moral, liturgia y disciplina general del Novus Ordo, están condenadas por la enseñanza anterior de la Iglesia Católica Romana. **Pero entonces, si es necesario resistir a sus doctrinas, moral, liturgia y disciplina general, es necesario concluir que estos “papas” no detentan verdaderamente la autoridad papal, que no son en consecuencia verdaderos papas.** Y esto, cualquiera sea el procedimiento electoral que los haya designado para el cargo. Ya que la elección no hace más que **designarlos** para recibir el poder, no les comunica el poder por sí misma. El poder deriva de Cristo; es por esta misma razón que nuestra sumisión al Papa es una sumisión a Cristo.

Sin embargo, considerar que los “papas” del Novus Ordo son verdaderos papas –lo que piensa la Fraternidad– equivale a identificar la Iglesia Católica con ellos, pues *Donde está Pedro, está la Iglesia*”.

El problema es que en los ambientes de la Fraternidad, en que los principios doctrinales fueron reemplazados por otros elementos, se creó una mentalidad según la cual la cuestión de saber si una posición teológica es o no verdadera (o si puede o no serlo) ya no cuenta; las que cuentan son una serie de consideraciones: los malos ejemplos de este o aquel “sedevacantista”, las dificultades que encierra una tal posición (como si este solo hecho probara su falsedad, o como si la propia posición no las tuviera). Y –sobre todo– el gran argumento: Mons. Lefebvre no la sostuvo, “*Magister dixit*”; olvidando que solo hay “*causa finita*” cuando “*Roma locuta*”...

De esta manera se ha convertido al “sedevacantismo” en un tabú, en un estigma, en una suerte de “monstruo” que sirve para asustar a los fieles. No importa que los argumentos de que parten los “sedevacantistas” sean los mismos de la Fraternidad y que solo difieran en cuanto a la conclusión. Se dirá que este problema nada tiene que ver con la salvación, como si el capítulo sobre el Papa y la obediencia a la jerarquía no formara parte del catecismo que enseña la fe necesaria para salvarse.

En el mismo orden de cosas, en los medios que comparten las mismas ideas teológicas de la Fraternidad se pasarán por alto los argumentos, los estudios y serios trabajos doctrinales que desde hace años han presentado diversas comunidades y grupos que sostienen la Sede Vacante, como si no existieran (en nuestro sitio, por ejemplo, puede encontrarse abundante material, en particular sobre la Tesis de Mons. Guérard des Lauriers, nuestra posición, que responde a numerosas dificultades teológicas). Es que, nuevamente, los principios han sido reemplazados por otras consideraciones, cuando no por errores:

“Una nouvelle théologie:

(...) En esta óptica, se pone en guardia de quien ama demasiado a los Papas (“*No hay que exagerar el culto debido a Roma, al papa...*”, escribe el Abbé Michel Simoulin en el opúsculo “*1988: el cisma inhallable*”), de quien exagera la infalibilidad pontificia (argumento frecuentemente utilizado por la revista *Sí sí, no no*); en suma, de quien está embebido de “papolatría” (neologismo de moda en Ecône), un error que estaría presente sobre todo en los



Pío IX, el
Papa del
Concilio
Vaticano I

pueblos de más profunda tradición católica, que son acusados de ser demasiado... ¡católicos! La consecuencia más nefasta de este amor exagerado por el Papado sería obviamente el *sedevacantismo*, o conjunto de aquellos individuos que debiendo escoger en algunos puntos capitales de la Fe Católica entre la enseñanza de la Iglesia y la de la FSPX, prefirieron la primera a la segunda.

Como se ha hecho notar en otras ocasiones, la **FSPX termina por enseñar el mismo error de los modernistas sobre la presunta falibilidad de los Papas**, con la diferencia de que los modernistas la atribuyen a los Papas del pasado (con los consiguientes *mea culpa* de JP II); en cambio, la FSPX la aplica sobre todo (pero... no solo) a quienes considera como Papas en la reciente historia de la Iglesia (en espera de un futuro *mea culpa* reparador).

Son fruto de este pensamiento las declaraciones sobre el Papa anticristo, sobre el Papa que debe convertirse a la Fe, sobre el Papa enemigo de la Iglesia, afirmaciones que serían normales en labios de un luterano o de un cismático griego, pero no en los de un católico [El resalto es nuestro]. Es elocuente, a este respecto, la desenvoltura manifestada en una famosa viñeta, ideada personalmente por Mons. Lefebvre, que representa a un demonio que se presenta silbándole a JP II e invitándolo a seguirlo al infierno”.

(“*Con Pedro o contra Pedro: una trágica necesidad de opción*”, P. Ugo Carandino, *Integrismo* n° 5).

La “falibilidad” de los Papas y del Magisterio, el mismo error de Mons. Gherardini (cf. artículo en este número), la reducción de la infalibilidad; y sin embargo la Iglesia enseña que: “**Deben creerse con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios, escrita o tradicional, y son**

propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas, ora por solemne juicio, ora por su ordinario y universal magisterio” (Vaticano I - Dz. 1792, DS 3011).

Y este es en realidad el verdadero punto de partida del “sedevacantismo”, y en particular de la Tesis de Mons. Guérard: la infalibilidad de la Iglesia y del Papa, y no la hipótesis teológica del “Papa herético” (sobre la cual se insiste a menudo en mostrar las diferencias de opinión entre los teólogos).

Tampoco se trata de si es lícito desobedecer en un caso particular a la autoridad, pero sí se trata de la ilicitud de construir una “teología de la desobediencia” a la autoridad. Ni es lícito invocar supuestos ejemplos históricos de “resistencia a la autoridad”: San Atanasio frente al Papa Liberio (hecho del cual se omiten mencionar las discusiones entre los historiadores acerca de la autenticidad de la carta de excomunión de S. Atanasio, o acerca del verdadero comportamiento de Liberio); o San Pablo frente a San Pedro (incidente de Antioquía, Gal. 2, 11-14), el cual no resistió a una enseñanza de San Pedro, sino que le reprochó un comportamiento, que luego San Pedro corrigió. Pero respecto de los “Papás conciliares”, se rechazan su magisterio, sus leyes litúrgicas y canónicas, sus canonizaciones, etc. Éste es el verdadero problema.

Algunos avanzan como objeción a la Sede Vacante, la cuestión de la declaración y del juicio. Problema que, sin embargo, no reparan que ya encierra el hecho de cuestionar el magisterio y las leyes de aquel que consideran Sucesor de Pedro. Respecto entonces de “la inmunidad jurídica de la Santa Sede”:

“El pensamiento teológico medieval siempre ha admitido que la Primera Sede (la papal) no puede ser juzgada por autoridad alguna, salvo en caso de herejía. Los teólogos de la contrarreforma han tratado de explicar cómo esta excepción no era una verdadera excepción, por lo cual incluso en caso de herejía el Concilio no podía verdaderamente juzgar al Papa. Para los adherentes a la tesis según la cual el Papa herético no está todavía depuesto, sino que debe serlo por el Concilio, los Obispos no tendrían poder sobre el Papa para juzgarlo y “deponerlo”, sino solo sobre la

unión entre el papado y tal persona (es la tesis de Cayetano). San Roberto Belarmino, que considera esta tesis insuficiente para garantizar el hecho de que la Primera Sede no pueda ser juzgada por nadie, sostiene que el Papa herético es depuesto por Dios, y cuando el Concilio lo juzga ya no es más Papa. En el caso supuesto por Pablo IV y San Pío V (hereje elegido al papado), el “papa” en cuestión no lo habría sido nunca y, por consiguiente, bien podría ser juzgado por la Iglesia. El mismo razonamiento vale para el “papa dudoso” (y lo hemos visto en una cita de Juan de Santo Tomás recogida por Journet): puede ser juzgado, porque no es Papa. Vemos entonces que, en todo caso, el axioma (en sí, sacrosanto [...] “la Primera Sede no es juzgada por nadie”) no puede ser utilizado contra la hipótesis sedevacantista”. (“*Respuesta al Dossier sobre Sedevacantismo*”, P. Ricossa, “*Sodalitium*” n° 56, pág. 36, nota 88, en el sitio de *Integrismo*).

Desde esta capilla de Rennes, Francia (en la cual ejerzo el ministerio en colaboración con el Abbé Gilles Roger, sacerdote ordenado por Mons. Dolan), lanzo un llamado a dejar de lado los cultos de las personas y a seguir y obedecer a la única norma próxima de la Fe que Dios nos ha dado, el Papa y el Magisterio de la Iglesia (siendo norma remota la Tradición y las Escrituras); en consecuencia, a afirmar y defender la Santidad de la Iglesia, la asistencia divina e infalibilidad del Magisterio, de la Iglesia y del Papa. Apoyados en estos principios, sin pragmatismos, llamamos a reconocer que el Vaticano II y sus reformas, que contradicen la doctrina de la Iglesia y de los Papas, no pueden venir ni de la Iglesia ni de los Papas; en consecuencia, en virtud de la asistencia divina y de la infalibilidad, quienes “promulgaron” estas reformas, las enseñan y difunden, no pueden ser la Autoridad de la Iglesia.

Solo sobre la base de estas verdades se puede pretender defender la Fe de la Iglesia y resistir al enemigo modernista. Solo de este modo se evitará que, hoy como ayer, este siga masacrando amplias franjas del pequeño ejército que se bate por Dios, la Fe y la Tradición de la Iglesia.

NUEVA PÁGINA WEB:
“Oblatio Munda”

Sitio de oración por las comunidades “non una cum”

<http://oblatio-munda.over-blog.es/>

E-mail: feintegra@hotmail.com.ar
(suprimir integrismo@hotmail.com).

Declaración del Instituto Mater Boni Consilii acerca de los acontecimientos que tendrán lugar en Asís el 27 de octubre de 2011

El 1ro de enero pasado, Benedicto XVI ha anunciado su intención de solemnizar el 25° aniversario del histórico encuentro realizado en Asís el 27 de octubre de 1986, por voluntad de Juan Pablo II. Con este motivo, Benedicto XVI ha querido convocar, para el próximo 27 de octubre, una “Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo”, que tendrá como tema: “*Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz*”, invitando nuevamente a unirse en este camino a “nuestros hermanos cristianos de diversas confesiones” (los herejes y los cismáticos), a los “representantes de las tradiciones religiosas del mundo” (los infieles) y, “de manera ideal, a todos los hombres de buena voluntad” (los ateos).

En el programa oficial se afirma que todos los participantes –denominados peregrinos de la verdad– están en la búsqueda de la verdad que todos poseen en modo diverso, y que nadie posee plenamente al ser “inagotable”; los mismos ateos estarían “inevitablemente orientados” hacia Dios, Sumo Bien y Suma Verdad. Es por eso que, también ellos, en un ideal y simbólico Atrio de los Gentiles, forman parte del Templo de la religión universal que se quiere edificar. En el programa oficial de la jornada está excluida la celebración de la Misa, así como toda oración pública: resultado paradójico para una reunión religiosa (pero que no conoce un solo Señor, una sola Fe y un solo Bautismo).

Andrea Riccardi, responsable de la comunidad de San Egidio que cada año organiza encuentros interreligiosos según el “espíritu

Asís 2011



de Asís”, ha explicado que estos encuentros se inspiran en la “religión universal” preconizada por el Rabino de Livorno Elia Benamozegh. El Padre Rosario Esposito S.S.P., en diálogo con las Logias Masónicas, explicó en su momento que la reunión de Asís reprodujo exactamente los trabajos de las Logias Masónicas, donde en un espíritu de fraternidad, hombres de todas las religiones, conservando cada uno su propia creencia (o sin creencia), trabajan juntos por el bien (sic) temporal de la humanidad.

La afirmación según la cual se quiere evitar el laicismo, entendido solamente como exclusión de toda influencia religiosa en la sociedad, no tranquiliza; en efecto, es del laicismo que se toma el principio de la separación entre el Estado y la Iglesia (la única verdadera Iglesia: Católica, Apostólica y Romana).

La afirmación según la cual se quiere evitar el sincretismo (y el hecho de que no se prevean ceremonias idolátricas en las iglesias católicas, como ocurrió en la primera reunión de Asís que se quiere conmemorar), no tranquiliza, ya que se favorece de hecho el indiferentismo, haciendo creer que todas las religiones (e irreligiones) son buenas, vienen de Dios y conducen a Él.

Siendo así las cosas, hoy como en 1986, nuestro Instituto, puesto bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Buen Consejo, y todos sus miembros, satisfaciendo el deber de todo bautizado de testimoniar públicamente la fe católica en la Santísima Trinidad, único verdadero Dios, de confesar abiertamente a Nuestro Señor Jesucristo (Lc. 18, 8) sin avergonzarse de Él, y de evitar toda profana novedad (1 Tim. 6, 20) y todo hombre hereje (Tito 3, 10):

- Condena abiertamente la reunión del 27 de octubre de 2011 como injuriosa a Dios, escandalosa para las almas, al conducir objetivamente al indiferentismo religioso e incluso al ateísmo, según la enseñanza de Su Santidad el Papa Pío XI en su Carta Encíclica *Mortaliuum animos*.

- Declara no poder estar en comunión con todos aquellos que han promovido o partici-

pado en dichas reuniones, desde la de 1986 hasta la de este año, ya que no puede venir de la asistencia de Jesucristo, que está todos los días con la Iglesia y con Su Vicario, y del Espíritu de Verdad que procede del Padre y del Hijo, la renuncia práctica a la misión que Cristo confió a la Iglesia: “*id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*”. “*Quien crea y se bautice, se salvará. Quien no crea, se condenará*” (Mt. 28, 19; Mc. 16, 16). La iniciativa del 27 de octubre no puede venir de la Iglesia y de un auténtico Sucesor de Pedro, sino que viene más bien del modernismo condenado por San Pío X en la Encíclica *Pascendi*.

- Invita a todos los católicos a la oración, a la penitencia y a la reparación por la injuria hecha a Dios y el anti-testimonio de la reunión de Asís; a rechazar las sectas heréticas y cismáticas, las falsas religiones que ignoran o niegan a Jesucristo, y la impiedad del ateísmo; a rezar por la conversión a la verdadera Fe –que es la Fe Católica– de aquellos que se han alejado de ella.

Que Dios venga en nuestra ayuda, mediante la intercesión de la Santísima Virgen María, Mediadora de todas las gracias.

Verrua Savoia, 22 de octubre de 2011
www.sodalitium.it

DOCTRINA

El siguiente artículo (así como las citas de Mons. Gherardini) ha sido traducido de la edición italiana de “*Sodalitium*” (nº 64) y comparado con la versión francesa (nº 63).

Mons. Gherardini, Vaticano II y la hermenéutica de la continuidad

Por el Padre Francesco Ricossa

La tesis teológica del Padre M. L. Guérard des Lauriers, dominico, antiguo profesor de la Pontificia Universidad de Letrán, llamada *Tesis de Cassiciacum*, parte de un hecho constatable: la enseñanza del Concilio Vaticano II, por ejemplo la declaración *Dignitatis humanae personæ*, está en oposición de contradicción con el Magisterio infalible e irreformable de la Iglesia Católica Romana; y esta es la causa principal de la “crisis” que la misma Iglesia atraviesa desde aquel momento.

Evidentemente nuestra revista, que desde 1985 abraza y defiende la *Tesis* “guéardiana”, no puede más que interesarse por todo nuevo hecho que concierna a las relaciones existentes entre la enseñanza del Vaticano II y la Tradición de la Iglesia, sea que se trate de la (vana) tentativa de conciliarlos (cf. el comentario del discurso de Benedicto XVI del 22/12/2005, en *Sodalitium* nº 59, o el comentario de la declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la fórmula *subsistit in*, en *Sodalitium* nº 62), sea que en cambio se plantee el problema de la contradicción.

Desde este último punto de vista, el año 2009 no se mostró avaro. Al punto que *l’Os-*

servatore Romano hizo una recensión positiva de la reedición italiana (o mejor, las reediciones, ya que salieron dos simultáneamente) del libro de Romano Amerio, *Iota unum*⁽¹⁾, cuyo subtítulo –paráfrasis de una obra de Bossuet contra los protestantes– es significativo: “*Estudio sobre las transformaciones de la Iglesia Católica en el siglo XX*”. Pocas palabras, estas últimas, que expresan al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del ensayo de Amerio: al hablar de transformaciones, el filósofo de tendencia rosminiana⁽²⁾, admite y demuestra que el Vaticano II y la enseñanza posconciliar no están en continuidad, sino más bien en ruptura con la enseñanza de la Iglesia Católica⁽³⁾; pero al atribuir estas transformaciones a la Iglesia Católica, él mismo insulta sin darse cuenta a la Iglesia acusándola de falsedad, y todo por salvar la legitimidad de Pablo VI y de sus sucesores. No es casual sí, en la apologética de Bossuet, las transformaciones de las “iglesias” protestantes demostraban que ellas no eran la verdadera Iglesia de Cristo; hablar de transformaciones de la Iglesia Católica equivale implícitamente (e involuntariamente, según creo, en el caso de Amerio) a poner en el mismo plano a la Iglesia Católica y a las sectas protestantes.

Es la misma nota positiva y la misma crítica radical que debemos formular a las últimas obras de Mons. Brunero Gherardini, que son por lo menos tres⁽⁴⁾, aunque el objeto de esta recensión sea solo la primera: *Concilio Vaticano II. Un discorso da fare [Concilio Vaticano II. Una discusión abierta]* (Ediciones Casa Mariana, Frigento, marzo 2009). Es “con



Mons. Brunero Gherardini

temor y temblor” que abordo la figura de Mons. Gherardini, sobre todo en las críticas que no puedo dejar de hacerle. En efecto, una de las consecuencias deplorables de la actual crisis de la autoridad (en la Iglesia Católica, y también fuera de ella) es la dispersión del rebaño cuyo pastor ha sido herido, por lo cual cada oveja del rebaño se erige en maestro en la Iglesia de Dios, sin tener ni la misión para ello, ni la autoridad, ni frecuentemente la capacidad. Como en tiempos de la reforma luterana, el último ignorante hoy diserta sobre dogmas que ignora, interpreta la Escritura, se cree teólogo, quiere enseñar al sacerdote la liturgia, no cree en la infalibilidad del Papa, pero en la propia... No quisiera entonces, yo que no soy teólogo, cometer el mismo error al criticar a Mons. Gherardini, que es teólogo, y teólogo serio ⁽⁵⁾, de aquella escuela romana y tomista de la gloriosa Pontificia Universidad Lateranense dirigida por Mons. Piolanti, que contó entre sus profesores al Padre Guérard des Lauriers y a Mons. Spadafora. Sin la revolución del Vaticano II, los estudios teológicos de Mons. Gherardini habrían dado sus frutos madurando al sol del magisterio pontificio y de la Roma católica; no fue así, y después de haberse esforzado por justificar al Vaticano II durante cuarenta años, aferrándose a una tesis casi indemostrable, como él mismo dice (pág. 163), Mons. Gherardini trata de explicar a los lectores, y ante todo a sí mismo, lo inexplicable, es decir, la contradicción en acto entre la enseñanza conciliar y posconciliar, y la de la Iglesia. Porque éste es el tema, el *status quaestionis* de su libro: hay que leer los documentos conciliares según la criteriología clásica. Las soluciones posibles son las siguientes:

“o la continuidad del Vaticano II con la línea de la enseñanza católica tradicional, o su disociación de ella, o la medida de la continuidad o de la eventual discontinuidad” (pág. 45).

Éste es el problema. Se trata de “verificar si, y en qué medida, el Vaticano II está conectado, efectivamente y no sólo a través de sus declaraciones, con las doctrinas expuestas conciliarmente o por los diferentes Pontífices, o por el ministerio episcopal, y transmitidas por la Tradición a la vida misma de la Iglesia” (pág. 57); “¿el Vaticano II se inscribe o no en la Tradición ininterrumpida de la Iglesia, desde sus inicios hasta hoy?” (pág. 84); “el problema es y sigue siendo el de demostrar que el Concilio no se puso fuera del sendero de la Tradición” (pág. 87), ya que la continuidad no debe ser “declamada, sino más bien demostrada” (pág. 255).

La cuestión planteada por Mons. Gherardini es ya en sí misma, *in nuce*, una respuesta

Hemos visto la pregunta que se plantea Mons. Gherardini. Se la plantea a sí mismo. Se la plantea a los lectores. Se la plantea a los teólogos. Se la plantea ante todo a Benedicto XVI.

Pero plantearse esta pregunta considerándola abierta a una de las tres soluciones, estimando como posible la solución que implica una ruptura entre la enseñanza conciliar y la de la Iglesia, ya incluye una respuesta negativa para el Vaticano II. En efecto, Mons. Gherardini no ignora la pregunta decisiva y se la plantea:

“Algunos (...) se han preguntado si el Concilio ecuménico puede incurrir en errores contra la fe y la moral. (...) Mi opinión es que esto puede verificarse, pero en el preciso momento en que se verificase, **el Concilio ecuménico cesaría de ser tal**” (págs. 22-23) y, agregamos lógicamente nosotros, ¡ya ha cesado de ser tal, si alguna vez lo ha sido, la *autoridad* que lo ha promulgado “en el Espíritu Santo”!

Pero el autor no quiere llegar a esta conclusión... Para hacer esto (es decir, para salvar la legitimidad de los “papas” conciliares), él debería hacer suya “la *hermenéutica de la continuidad*” del Concilio mismo, que se declara en continuidad con la Tradición (págs. 53-57), de J. Ratzinger (desde *Informe sobre la fe* de 1985 al Discurso a la Curia del 22 de diciembre de 2005, cf. pág. 86), seguido por Marchetto (pág. 13), Lamb y Levering (pág. 26), etc., en oposición con los partidarios de la rup-

tura [sean ellos modernistas, como Alberigo (pág. 15), Melloni, etc., o “tradicionalistas”, como Amerio, Dörmann (pág. 14) y los autores de la Fraternidad San Pío X – siendo totalmente ignorados la *Lettre à quelques évêques* (*Carta a algunos obispos*) o el abbé Lucien].

Un católico que reconoce la autoridad del Concilio Vaticano II y de los Pontífices que lo han promulgado y sostenido –como Mons. Gherardini– no podría siquiera poner en duda “*la hermenéutica de la continuidad*”, debiendo darla por descontada a priori y acaso sentirse obligado a defenderla a posteriori contra los adversarios de la Iglesia, sean éstos modernistas o tradicionalistas. Pero no es ésta la solución que abraza Gherardini, al menos no en todo su libro. Para él, no basta sostener la hermenéutica de la continuidad, hay que demostrarla: demostración lejos de ser evidente, y hasta ahora absolutamente ausente, a no ser con palabras que no tienen alcance real (cf. págs. 26-27, pág. 51, pág. 52).

¿Cuál es entonces la respuesta de Mons. Gherardini: continuidad o ruptura? Ni él mismo lo sabe...

Las contradicciones y dudas de Mons. Gherardini

La contradicción es el signo más evidente del error. Al leer a Mons. Gherardini, uno es impactado por las continuas contradicciones de su pensamiento acerca del Vaticano II, acusado y defendido, declarado en continuidad o en ruptura con la Tradición, a veces en la misma página de su libro, a pocas líneas de distancia. No creo que tales contradicciones sean fruto de falta de rigor especulativo por parte del autor, sino más bien de confusión y temor de afrontar una materia de tan graves consecuencias.

Mons. Gherardini no calla, sino que confiesa sinceramente, las dudas que lo asaltan y los compromisos intelectuales a los cuales se ha dedicado durante 40 años. Teólogo fiel a la doctrina tradicional de la Iglesia, quiso aceptar la nueva doctrina del Vaticano II; debió entonces convencerse, para luego convencer a sus alumnos, oyentes y lectores, de la existencia de una continuidad con la Tradición que no lo persuadía en absoluto: hubo que aferrarse a una tesis casi indemostrable (pág. 163). Él confiesa: “*He hablado de continui-*

dad evolutiva para apartar una tal sospecha (de ruptura entre el Vaticano II y la Tradición, n.d.a.) *y hallar, mediante esta fórmula, la posibilidad de ligar al Vaticano II, con su originalidad y creatividad, con la Tradición precedente. Sin embargo, debo reconocer que nunca he dejado de plantearme el problema de si efectivamente la Tradición de la Iglesia fue en todo y para todo salvaguardada por el último Concilio, y de si entonces la hermenéutica de la continuidad evolutiva le es verdaderamente aplicable*” (pág. 87). Mons. Gherardini duda entonces de sí mismo. La autocrítica concierne por ejemplo a la declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis humanæ personæ*: “*El Vaticano II había terminado hacía poco cuando, en mi calidad de profesor ordinario de eclesiología y decano de la Pontificia Universidad Lateranense, dirigí la elaboración de una tesis doctoral sobre ‘La libertad religiosa en el Vaticano II’. El candidato era un joven sacerdote, inteligente y dócil, hoy Obispo en Austria. A través de él (...) me fue posible por primera vez intentar conectar la explosiva Declaración DH con la enseñanza tradicional de la Iglesia. Es verdad que había que aferrarse a una tesis casi indemostrable, pero la empresa no me pareció imposible de intentar. Hoy, sobre el famoso decreto conciliar, tendría algunas dudas más que las que no tuve entonces*” (pág. 163). No sabemos si el autor se da cuenta de su responsabilidad en haber callado sus dudas por tantos años (y solamente ahora, después de 40 años, salir del silencio, pág. 25) e incluso haber avalado estas doctrinas, como hizo por ejemplo con la Nueva Misa, que hoy critica (pág. 154-161) (aunque quizás celebre, a pesar de los habituales “*problemas*” que eso le provoca), mientras que “*en octubre de 1984*” el Padre Piero Cantoni, que en 1981 había dejado la Fraternidad San Pío X para aceptar el Vaticano II y la Nueva Misa, obtuvo “*el doctorado en Sagrada Teología ante la Pontificia Universidad Lateranense, con una tesis sobre ‘Novus Ordo Missæ’ y Fe Católica, bajo la dirección del profesor Brunero Gherardini*” (A. Morselli).

El estudio del Padre Cantoni, dirigido por Mons. Gherardini y publicado primero por la revista del cardenal Siri, *Renovatio*, y luego en 1988 por las ediciones *Quadrivium*, tenía por objetivo demostrar la perfecta ortodoxia

del nuevo misal, para lo cual sirvió y sirve todavía. Mons. Gherardini y sus apologistas de la Fraternidad San Pío X quizás lo han olvidado, pero no nosotros. El Padre Guérard des Lauriers, por haber escrito el “*Breve Examen crítico del Novus Ordo Missæ*”, en 1969 fue privado de su cátedra en la Lateranense, mientras que en 1984, en la Lateranense, Mons. Gherardini patrocinaba tesis doctorales en defensa de la Nueva Misa, a pesar de los “*problemas*” que ella le planteaba; pero el progreso de una carrera eclesiástica bien vale algunos golpes de incienso (pág. 16). No se disguste pues Mons. Gherardini por esta crítica, dirigida más a algunos de sus interesados aduladores que a quien, como él, manifiesta con sinceridad los tormentos de su alma.

Sic et non: el Vaticano II en ruptura con la Tradición

Hemos hablado de contradicciones; en efecto, Mons. Gherardini afirma que el Vaticano II está y no está en ruptura con la Tradición de la Iglesia. Veamos primero el “no está”. Mons. Gherardini crítica sin duda “el espíritu del Concilio”, “el posconcilio”, los “teólogos posconciliares”: en esto su posición no iría más allá de la hermenéutica de la continuidad de Ratzinger, del intento de denunciar solamente a Rahner, intento continuado por De Mattei (amigo de Gherardini), por el Padre Cavalcoli (*Karl Rahner. Il Concilio tradito*. Ed. Fede e cultura) [El Concilio traicionado], por Mc Inerny (*Vaticano II. Che cosa è andato storto?* Ed. Fede e cultura) [Vaticano II. ¿Qué fue lo que no funcionó?], *et similia* (6). En realidad, Mons. Gherardini afirma mucho más. Y no sólo porque acusa a muchos teólogos recompensados con la Púrpura cardenalicia después del Concilio (de Lubac, Congar, von Balthasar, Daniélou, por ejemplo, pág. 90) y recuerda como Rahner ha sido recibido por el “magisterio” (pág. 100). La crítica de Gherardini se refiere explícitamente al Vaticano II, al “magisterio” o al gobierno conciliar y posconciliar, a Roncalli (por ej., págs. 31, 74, 149-151, 191), a Montini (por ej., págs. 131, 149, 150, 156-157), a Wojtyla (págs. 56, 73, 107, 156-157), e incluso a Ratzinger (a quien alude en pág. 98). “*Como sea posible una hermenéutica de la continuidad presupuestas tales premisas* (aquellas establecidas por el mismo

Juan XXIII, n.d.a.), *es algo que no alcanzo a comprender*” (pág. 151). Son los mismos textos del Vaticano II o los documentos “oficiales” que se critican. Y la lista es impresionante: la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* (pág. 98, pág. 203, sobre el nuevo concepto de pertenencia a la Iglesia, en abierta oposición con la encíclica de Pío XII *Mystici Corporis*, págs. 204-205), incluidas las actuales tentativas de interpretarla en conformidad con la Tradición (pág. 21-22); la constitución sobre la Revelación, *Dei Verbum*, acusada de falsear el concepto de Tradición (págs. 118, 120, 125-126, 128); contra la Reforma litúrgica, que reduce el Sacrificio de la Misa a una Cena (pág. 159), y allí Mons. Gherardini llega a hablar de “*grave error*” (pág. 160); contra *Gaudium et spes* (págs. 36, 69, 190, con la acusación de “*antropocentrismo idolátrico*”; y en págs. 200-201, la acusación de naturalismo y sincretismo, al punto de confundir la Iglesia con la humanidad); contra una serie de textos y decisiones oficiales acusados de relativismo (págs. 93-95), como la comunión en la mano, la permisión de la *communicatio in sacris*, la eficacia salvífica de las confesiones acatólicas y del judaísmo, la corriente judeo-cristiana, la aceptación de la anáfora de Addai y Mari carente de consagración, la confusión del Dios trinitario con aquél de judíos y musulmanes, el culto del hombre; contra la declaración *Dignitatis humanæ* sobre la libertad religiosa, que falsea la idea misma de Fe (el asentimiento personal previsto por DH 3, cf. pág. 97, crítica original e interesante), y es la causa primera del deplorado relativismo (pág. 170); contra el ecumenismo de *Unitatis Redintegratio* y de Juan Pablo II (págs. 106-107); *Unitatis Redintegratio*, conectada con *Lumen Gentium*, es declarada contraria a la doctrina de Pío XII: entre las dos doctrinas hay “*un abismo*” y no hay “*hermenéutica de la continuidad*” (pág. 205). En el “*plano cualitativo*” (no mejor definido) “*no existe ningún vínculo*” entre la doctrina católica y el ecumenismo de UR: “*El diálogo, tal como se lo ha teorizado y puesto en práctica, es la negación de toda continuidad. Él constituye un nuevo principio y su instrumento es una nueva Iglesia, no más ‘católica-romana’, sino la del Concilio ecuménico Vaticano II. Una unidad que no está más vinculada a la misma Fe, a los mismos sacramentos y al Sumo Pontífice en su realidad de*

Sucesor de Pedro, sino una unidad ampliada por el Concilio ecuménico Vaticano II. Una nueva regula fidei y un nuevo ipse dixit: el Concilio ecuménico Vaticano II (págs. 211-212).

Es sobre la libertad religiosa que el pensamiento de Mons. Gherardini es particularmente complejo y contradictorio (cap. VII, págs. 163-188), cuando concluye, a pesar de todo, hablando del **hecho ineludible** de un **“Magisterio dividido”** (léase contrario, si no contradictorio), admitiendo al mismo tiempo que esto no sería posible (“¿Dos magisterios entonces? La pregunta ni siquiera debería formularse, ya que el Magisterio eclesiástico es, por naturaleza, uno e indivisible, tal como lo ha establecido Nuestro Señor Jesucristo”). Sin embargo, el hecho es que **“la diversidad es sustancial, y por eso irreductible. Los respectivos contenidos son diferentes. Los del Magisterio precedente no tienen ni continuidad ni desarrollo en los de Dignitatis Humanæ”** (págs. 187-188). Son incompatibles con la doctrina las teorías sobre la comunión **“plena y no plena”** (págs. 205-214) y sobre la **“jerarquía de las verdades”** (págs. 214-215). Al leer UR, **“se tiene la impresión, o que se quiere conciliar lo inconciliable (tipos de fe que, al menos en lo esencial, son diferentes e irreducibles entre ellos), o que se ha perdido el contacto con la verdad absoluta (la palabra de Dios revelada, es decir Dios mismo en su Revelación) y que en consecuencia todo es verdad, cada verdad puede coexistir con las otras sobre el pedestal de una misma dignidad y relatividad”** (pág. 215). El **“sorprendente consenso”** con los luteranos sobre la doctrina de la justificación, tan caro a Ratzinger, para Gherardini, por el contrario, ha dado razón a Lutero sobre el punto fundamental de su herejía (pág. 218). Poco habla de la relación con las religiones no cristianas, ya que es a este tema, y al del ecumenismo, que ha consagrado enteramente su libro *Quale accordo fra Cristo e Beliar?* [¿Qué convenio entre Cristo y Belial?]. El título ya lo dice todo...

Sic et non: el Vaticano II en continuidad con la Tradición

Una lectura parcial de *“Un discurso da fare”* lleva por tanto a la conclusión siguiente:

el Vaticano II no está en continuidad, sino ruptura con la Tradición y la doctrina de la Iglesia. Sin embargo, en otros pasajes del mismo libro, a veces en la misma página, el autor sostiene exactamente lo contrario: **“el caballo de Troya no consistió propiamente en los documentos conciliares”** (pág. 19); e inclusive, **“en numerosos aspectos –yo también lo reconozco, con firmeza y convicción– el Vaticano II fue en verdad un gran Concilio. No estaríamos lejos de la realidad si reconociéramos en él un signo, elocuente y paradójico, del Espíritu creador que pasa, rociando, a lo largo de los surcos de la historia de la Iglesia”** (págs. 34-35). Las excusas son continuamente invocadas (por ej., págs. 73, 75) y la continuidad es explícitamente afirmada: **“El apelar por tanto al Concilio para avalar la inversión radical de las posiciones doctrinales, disciplinarias, litúrgicas y pastorales de la Iglesia preconciliar, es sustancialmente infundado”**, al menos directamente (pág. 74); esto vale también para *Dignitatis Humanæ*, la declaración sobre la libertad religiosa (7), libertad religiosa que Mons. Gherardini confunde erróneamente con la doctrina tradicional sobre la libertad del acto de Fe (por ej., págs. 171-173), para así llegar a declarar a DH en continuidad con el Magisterio precedente: **“abstractamente hablando, DH es impecable: repite una enseñanza que, en su sustancia, ha sido siempre la de Iglesia: el creer ‘sponte libenter que fiat, cum nemo credat nisi volens’** (pág. 182; cf. pág. 178). Del mismo modo, respecto del tan devaluado decreto sobre el ecumenismo, UR, para Mons. Gherardini: **“todo bien ponderado, y hablando solo formalmente, se dirá entonces que el vínculo con el pasado es innegable, tanto como su carácter evolutivo...”** (pág. 211).

Los motivos del sic et non: de otro modo se cae en el sedevacantismo

¿Cómo explicar tantas oscilantes contradicciones? El autor mismo nos da una clave interpretativa: **“un Vaticano II fuera y contra la Iglesia habría sido no sólo un absurdo histórico-teológico, sino también un elemento en favor de los llamados sedevacantistas y de cuantos (con diversos argumentos) siguen la apresurada opinión sobre la no autenticidad eclesial del último Concilio, y por tanto sobre**

su falta de autoridad eclesial. Algunos han llegado incluso a hablar de Papas ilegítimos y de usurpación de la Sede de Pedro. En efecto, la hermenéutica de la ruptura no solo añadió unas cuantas flechas de más en el arco del posconcilio (es decir, de los ultra-progresistas, n.d.a.), sino que alejó del Concilio mismo. (...) Ni siquiera vale la pena entonces gastar más palabras en una no necesaria demostración del Vaticano II como verdadero y auténtico Concilio ecuménico, y en consecuencia como un hecho (¡y qué hecho!) inequívocamente eclesial, ligado a la vida, a la fe y a la historia de la Iglesia” (pág. 80). No hay necesidad de demostrar... Mons. Gherardini afirma pero no prueba, ¡exactamente lo que él mismo reprocha a los partidarios de la hermenéutica de la continuidad! (la continuidad debe ser “no declamada, sino más bien demostrada”, pág. 255). Y sin embargo hemos visto que es el mismo Mons. Gherardini quien demuestra la hermenéutica de la ruptura (cf. lo dicho más arriba) y afirma que un Concilio puede errar pero que, en ese caso, “el Concilio ecuménico cesaría de ser tal” (pág. 22-23). Esto puede entonces suceder, e incluso ya sucedió, pero Mons. Gherardini no puede admitirlo, ni siquiera a sí mismo: hay que descartar la hermenéutica de la ruptura “de las interpretaciones posibles del Vaticano II. Y también, de cualquier Concilio. Y aquel que, de buena fe, insistiese en proponerla, se pondría sin darse cuenta fuera de la Iglesia, al menos materialmente. No obstante, tal ha sido y sigue siendo la actitud no sólo de los ‘se-devacantistas’, sino también de otros opositores”, como los lefebvristas⁽⁸⁾ y los ultra-modernistas (pág. 85). ¿Cómo es que los “otros opositores” al Vaticano II, es decir los lefebvristas, puestos fuera de la Iglesia, pueden exultar por el libro que estamos comentando? ¡Es un misterio! En efecto, el rechazo de Mons. Gherardini de toda la crítica “tradicionalista” (incluida la de la Fraternidad San Pío X) del Vaticano II es claro (págs. 22, 26, 33, etc.): los partidarios de la “tesis de Cassiacum-Papa formaliter/materialiter” se auto-justificarían con sus contorsiones mentales, es verdad, pero Mons. Gherardini golpea duro también contra los lefebvristas: “En realidad, la reiterada acusación de ilegitimidad contra cada Pontífice electo después de Pío XII no es más que puro delirio, desprovisto de parti-

nencia histórica y de base teológica. E igual delirio es el de quienes, aún reconociendo como legítimo a cada sucesor de aquel inmortal Pontífice, le niegan la obediencia incondicional en razón de las consecuencias negativas hacia las cuales sus desviaciones y las del Vaticano II habrían conducido y conducen a la Iglesia” (pág. 33). Pero entonces que el hecho de escribir varios libros de críticas hacia los tan elogiados “Papas” conciliares y hacia el “magisterio” del Vaticano II y del posconcilio, como hace Mons. Gherardini, sea un acto de “obediencia incondicional” y no lo exponga al delirio al que alude, es algo que permanece absolutamente sin demostrar.

El método para llegar al *sic et non*: la falibilidad del magisterio conciliar

Sí, usted ha leído bien: no INFALIBILIDAD, como sería normal, sino FALIBILIDAD. En esto, Mons. Gherardini es sin duda lefebvrista. En efecto, ¿cómo conciliar las críticas hechas al “magisterio” mismo por Mons. Gherardini y su obediencia perseverante (bajo pena de delirio) a una “autoridad” caída en el error en su enseñanza, y eso desde hace más de 40 años? Los lefebvristas han respondido desde el principio con la tesis del magisterio “pastoral no dogmático”. Los más recientes teólogos de la Fraternidad y comunidades amigas van más allá: una verdadera Autoridad (Papa, Obispos, Concilio) ya no enseña desde hace más de 40 años, puesto que, siendo liberal y modernista, no se propone enseñar⁽⁹⁾. No es esta la tesis de Mons. Gherardini. Para él, el Vaticano II no es solamente “magisterio supremo ordinario”, como fue declarado oficialmente, sino directamente –como es normal para un Concilio– “magisterio solemne” (págs. 52, 85, para DH pág. 165), es decir, la máxima expresión del magisterio. No obstante esto, el Vaticano II no es dogmático (págs. 49-51) sino pastoral (págs. 23, 58-65, aunque no se entienda lo que eso significa: págs. 47 y 63),

Mons. Brunero Gherardini durante una cena en el Lions club de Prato, Italia





Uno de los libros
de Mons. Brunero
Gherardini

pero ante todo ni es infalible, ni irreformable, ni vinculante (pág. 51), aunque deba ser recibido como magisterio solemne (pág. 52). ¡Entienda quien pueda! Lo mismo había dicho en su momento Mons. Gherardini respecto de las canonizaciones de los santos, etc.: ¿el motivo? Para poder no aceptar —e incluso poder criticar— una enseñanza oficial de la “Iglesia” y del “Papa” sin estar obligado a poner en duda la legitimidad del “Papa”. Poco importan las contradicciones y el menosprecio del magisterio eclesiástico, el cual, falible, reformable y no vinculante, sería inútil y engañoso.

Para concluir: luces y sombras de un libro

Nos excusamos ante Mons. Gherardini por los puntos polémicos de este artículo, y por las eventuales incomprendiciones de nuestra parte. Su libro (y los que le siguen) exige una atenta respuesta *in medio Ecclesiae*. Éste se dirige ante todo a Benedicto XVI, y concluye en efecto con una “súplica” al mismo (págs. 253-257). No hubo ninguna respuesta hasta ahora, a no ser, como algunos han señalado en particular en *Sí sí no no*, varios actos ecuménicos que son sustancialmente un rechazo inapelable y una puerta cerrada a las afligidas observaciones del teólogo de la escuela romana.

Entre los “tradicionalistas” (infeliz etiqueta) la recepción ha sido más positiva. Negativa por parte de algunos sedevacantistas y de algunos ambientes de la Fraternidad San Pío X (Saint-Nicolas de París); positiva por parte de la mayoría de la Fraternidad: Mons. Fellay, el abbé du Chalard (*of course*), el Padre Pagliarani y *La Tradizione Cattolica*, *Sí sí no no* (que califica al ensayo de Mons. Gherardini como “magistral”). Los primeros presentan el libro como una defensa de la hermenéutica de la continuidad; los otros como la admisión de la hermenéutica de la ruptura y una prueba del

hecho de que las cosas están cambiando por no decir que ya han cambiado.

Me parece que nuestra respuesta debe ser más detallada y compleja, como lo es el libro del cual acabamos de hacer la recensión.

Mons. Gherardini admite, en efecto, aún si lo hace con muchas contradicciones, la existencia de una oposición entre la doctrina del Vaticano II y la de la Iglesia. Su obra ha sido presentada, y entonces en cierta medida avalada, por dos *obispos*, si bien solo *materialiter*, el de Albenga y el de Ceylán; el de San Marino ha presentado por su parte la reedición de Romano Amerio; el primer libro de Mons. Gherardini había sido publicado por una congregación religiosa (los Franciscanos de la Inmaculada). Es cierto, como hemos visto, que la denuncia del Vaticano II es limitada y contradictoria, pero existe. Ella puede entonces ser utilizada, al menos como argumento *ad hominem*, para demostrar que el problema existe, ¡y que plantearlo no es... un delirio! Pero hay más. Mons. Gherardini escribe: *Concilio Ecuménico Vaticano II. Una discusión abierta*. En otras palabras: la pregunta sobre la ortodoxia del Vaticano II es un deber (pág. 17) urgente e imprescindible, el más importante para la Iglesia. Es verdad. Mons. Gherardini pide una aclaración: nosotros también, aunque las modalidades de esta aclaración sean diferentes (¡lo cual no es poca cosa!). Nosotros esperamos que Mons. Gherardini, que otros teólogos tras él, y que obispos *materialiter* se planteen este problema, lo profundicen, y puedan llegar a la aclaración necesaria, la cual incluirá, como ya hemos tenido ocasión de escribir, una modalidad similar a aquella utilizada para aclarar pero también condenar el sínodo de Pistoya. Éste es el lado positivo del libro (y de los otros libros de Mons. Gherardini), a condición sin embargo de que el análisis crítico no se detenga allí. Si creemos en la indefectibilidad de la Iglesia, y la *Tesis de Cassiciacum* cree en ella, y todo católico debe creer en ella, no podemos dejar de esperar también un arrepentimiento por parte de algunos —no necesariamente de todos— de aquellos que han adherido al Vaticano II y a sus errores, incluso entre quienes ocupan las sedes episcopales.

Si por el contrario el libro de Mons. Gherardini (y otros similares) es visto como punto de llegada y no como punto de partida, o como

un ensayo “magistral” al cual debemos adherir, o como la prueba de que el “pontificado” de J. Ratzinger es restaurador de la Tradición, entonces nuestro rechazo y condena de esta maniobra es total y definitivo. La tentativa de ciertas editoras, de ciertas congregaciones religiosas, de ciertos representantes antiguos y nuevos del llamado “Tradicionalismo”, de hacernos aceptar de alguna manera el modernismo del Vaticano II bajo forma de “reforma de la reforma”, que deja viva la reforma, debe ser decididamente denunciada y combatida.

En una palabra, que los modernistas y liberales den pasos hacia la verdad (a condición de que no se detengan a mitad de camino), está bien; pero no está bien que los católicos vayan a su encuentro acercándose al modernismo y al liberalismo, aunque fuese “católico”. El problema de las contradicciones internas del Vaticano II no es nuestro —es decir, de aquellos que rechazan el neo-modernismo— sino de aquellos que lo han aceptado; que algunos de estos tengan dudas, eso es algo positivo; que nosotros debamos hacerles compañía y poner en duda lo que es cierto, esa es una discusión... a evitar.

Notas

1) La primera edición de *Iota unum* data de 1985, publicada por ediciones Ricciardi (propiedad desde 1938 del conocido banquero Mattioli). La editorial turinesa Lindau realizó la reedición en junio de 2009, con un postfacio de Enrico Maria Radaelli. La edición Lindau de *Iota unum* fue presentada en Roma el 30 de octubre de 2009, en la Biblioteca Angelica, por el profesor Radaelli, Mons. Livi, el Padre Nitoglia y Francesco Colafemmina. Pero *Iota unum* fue también publicado (en abril de 2009) por *Fede e cultura*, editorial de Verona (ver una de las notas siguientes), con prefacio de Mons. Luigi Negri, obispo de San Marino. *Fede e cultura* también ha editado dos obras de Mons. Gherardini. El catálogo de las ediciones Lindau es muy interesante: abundan los autores del “tradicionalismo” más o menos ratzingeriano, así como los escritos anti-musulmanes (Del Valle, Bat Ye’or, los “*foglianti*” —colaboradores del periódico *Il Foglio* de Giuliano Ferrara— C. Panella, G. Meotti y G. Israel, etc.) y filo-judíos. Además, estas mismas ediciones Lindau incluyen, desde el 2000, la colección *L’età dell’Acquario*, especializada en la publicación de textos masónicos, esotéricos, teosóficos y New-Age. Sería interesante saber quiénes son los responsables de las elecciones editoriales contradictorias (al menos aparentemente) de esta pequeña editora turinesa. Hemos hallado una primera respuesta al constatar que Ezio Quarantelli, director editorial de Lindau, es también director responsable de *Confini. Temi e voci dal mondo della cremazione* [Fronteras. Temas y voces del mundo de la cremación], publicación de la Fundación A. Fabretti (masón notorio del *risorgimento*) de la Socrem (Sociedad para la cremación). Snif, snif, siento olor a masonería. Aunque creo 100% en la buena fe de los católicos

que colaboran con Lindau (no es fácil hallar un editor para quien, como nosotros, carece de medios), pienso que las consideraciones de esta nota pueden ser útiles para desconfiar en el futuro de quien se sirve de nosotros, y para tratar de comprender cuál podría ser eventualmente la estrategia del enemigo al promover paradójicamente autores y libros católicos.

2) Según Mons. Livi, Romano Amerio se inserta en una corriente de “*pensadores como Pascal, Arnauld, Buffier, Reid, Vico, Jacobi, Kierkegaard, Balmes, Newman y Rosmini, todos pensadores anti-cartesianos y anti-hegelianos, pero no anti-modernos*”. El rosminianismo de Amerio es manifiesto, aunque Rosmini haya sido condenado por la Iglesia y luego rehabilitado por Ratzinger (cf. *Sodalitium* n° 53, pág. 34); un buen ejemplo de las “transformaciones de la Iglesia Católica (sic) en el siglo XX”.

3) Que, en sí y especulativamente, *Iota unum* no se inserte en la corriente “ratzingeriana” de la “hermenéutica de la continuidad” no es una opinión propia, sino la tesis defendida por Amerio mismo y por sus discípulos, como el profesor Enrico Maria Radaelli: «La cuestión de fondo planteada por Amerio en *Iota unum* —y en *Stat Veritas*, que es la continuación, publicada de manera póstuma en 1997 por Enrico Maria Radaelli— es la siguiente: “*Toda la cuestión del estado presente de la Iglesia está encerrada en estos términos: ¿Se ha preservado la esencia del catolicismo? ¿Las transformaciones introducidas le permiten permanecer el mismo en medio de las circunstancias cambiantes, o bien lo hacen ir ad aliud? [...] Todo nuestro libro es una cosecha de pruebas de esta transición*” (*Iota unum*, ed. italiana, pág. 626 y en el postfacio, pág. 689). Y también: “El postfacio de *Iota unum*, al sintetizar toda la tesis del libro, muestra que las hermenéuticas sobre el concilio Vaticano II hoy son tres: la *primera* es la hermenéutica *sofística extrema* de la “escuela de Bologna” (Dossetti, después Alberigo, hoy Melloni), y en general de toda la “nueva teología” (Congar, Daniélou, de Lubac, Rahner, Schillebeeckx, von Balthasar, etc.); es ateorética; promueve y desea la discontinuidad y la ruptura de las esencias entre la Iglesia anterior y la Iglesia posterior al Vaticano II, al amparo de la ambigüedad textual; la *segunda* es la hermenéutica *sofística moderada* de los Papas que promovieron, aplicaron y continuaron el concilio; también es ateorética; pero a la inversa de la primera, que por lo demás la formó y produjo, se esfuerza de todas las maneras por dar continuidad entre las esencias post y preconciliares, intentando plegar en el sentido de la Tradición las anfibologías y las ambigüedades textuales mencionadas; la *tercera* es la hermenéutica *veritativa* de Amerio, y en general de todos aquellos que han sido llevados (pero solo después del Concilio) al llamado “tradicionalismo”; es teorética, por tanto irrefutable y, en la medida en que se apoya en la Tradición, vinculante; señala y denuncia en el Vaticano II la tentativa de ruptura y discontinuidad con la esencia; se añade, no obstante, que el carácter irrealizable de una tal tentativa se *crea absolutamente* como de fe por todos los resistentes al Concilio (fuera de los llamados “sedevacantistas”) y por Amerio, como hemos visto arriba (primer párrafo) y como se pone de relieve en el postfacio (§ 3 b, pág. 698 it.), e incluso se demuestra sólidamente, de manera que el Trono más elevado y toda la Iglesia vuelvan a beneficiarse de ello cuanto antes» (E. M. Radaelli).

Las últimas palabras de esta larga cita ponen en evidencia las contradicciones de Amerio: el Vaticano II rompe —esencialmente— con la enseñanza de la Iglesia, pero —rechazado el “sedevacantismo”— atribuye la enseñanza del Vaticano II a la propia Iglesia, en contradicción por tanto con sí misma. Y entonces no es el “sedevacantismo” (o por lo menos, la Tesis de Cassiciacum) el que niega lo que “debe creerse absolutamente como de fe” (es decir, la indefectibilidad de la Iglesia: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*), sino los “tradicionalistas” que niegan la vacancia de la Sede, sean ellos seguidores de Amerio o de

Mons. Lefebvre, según los cuales es la Iglesia Católica la que, sufriendo una transformación esencial, es y no es al mismo tiempo la misma que antes. Esta es la razón por la cual, aún cuando especulativamente Amerio se opone al Vaticano II (y no solamente a los abusos o malas interpretaciones del Concilio), en la práctica, toda su vida, al contrario de Mons. Lefebvre, aceptó sus reformas (incluida la litúrgica), su disciplina, su jerarquía.

4) B. GHERARDINI, *Quale accordo tra Cristo e Beliar? Osservazioni teologiche sui problemi, gli equivoci ed i compromessi del dialogo interreligioso* [¿Que concordia entre Cristo y Belial? Observaciones teológicas sobre los problemas, ambigüedades y compromisos del diálogo interreligioso], *Fede e cultura*, Verona, abril de 2009 y, del mismo autor, *Ecumene tradita. Il dialogo ecumenico tra equivoci e passi falsi* [La ecúmene traicionada. El diálogo ecuménico entre ambigüedades y errores], *Fede e cultura*, septiembre de 2009.

5) He aquí como uno de sus editores, *Fede e cultura*, presenta a Mons. Gherardini: “**Brunero Gherardini** (Prato, 1925), sacerdote (1948), diplomado en teología (1952) con especialización en Alemania (1954-1955), profesor emérito de la Pontificia Universidad de Letrán y decano de la Facultad Teológica, canónigo de la Basílica de San Pedro del Vaticano desde 1994, Director responsable de la Revista internacional “Divinitas” desde el 2000, consultor de la Congregación para las Causas de los Santos durante treinta años, escribió más de 80 volúmenes y cientos de variados artículos. El centro de sus investigaciones: la Iglesia. Paralelamente, pero de manera complementaria, ha profundizado la figura y la obra de Lutero, la Reforma, el ecumenismo, la Mariología y la teología espiritual. Es una de las voces italianas más conocidas, incluso en el extranjero”. Podemos añadir que Mons. Gherardini fue postulator de la causa de beatificación de Pío IX. A diferencia de Amerio, Mons. Gherardini no es rominiano sino tomista, aunque de la escuela del Padre estigmatino Cornelio Fabro (la cual pretende haber redescubierto el “tomismo original” y conciliarlo con Kierkegaard). El Padre Guérard des Lauriers no compartía la interpretación que Fabro daba del pensamiento de Santo Tomás.

6) Una palabra sobre la editorial *Fede e Cultura* de Verona, a no confundir con la asociación *Fede, Cultura e Società* del Padre Guglielmo Fichera. F&C no es la editora del libro aquí recensionado, sino de las obras posteriores de Mons. Gherardini: vale la pena –como para la editorial Lindau– conocer un poco más sobre esta otra editora, en competencia con Lindau, de Romano Amerio. La editora, nacida recién en el 2005, ha ocupado en poquísimo tiempo un lugar de primer plano entre las editoras cercanas al “tradicionalismo”. La línea no es en absoluto la de la “hermenéutica de la ruptura” sino la de la “hermenéutica de la continuidad”, de apoyo total a Joseph Ratzinger y al Motu proprio *Summorum Pontificum*, de anhelo explícito de la *Reforma de la reforma*. La editora se presenta con una cita de “san” Josemaría Escrivá de Balaguer en la cual se reconoce, y tiene como “Protector” al “Beato” Antonio Rosmini (condenado por la Iglesia), “campeón de la libertad intelectual y responsable cultural”. Se le dedica una colección. Deduzco que en F&C son “católicos liberales”. Son también definitivamente favorables al judaísmo y al Estado de Israel, ¡a pesar de Mons. Gherardini! Entre los “vínculos” amigos del director del editorial, Giovanni Zenone (Premio Attilio Mordini, personaje también conocido por nuestros lectores), figura en primer lugar, bajo la bandera israelí, el sitio “Israele.net”, portal de Israel en italiano. Uno de los libros de Zenone, *Il chassidismo. Filosofia ebraica* [El hassidismo. Filosofía judía], publicado con prólogo de Massimo Introvigne (otro conocido de nuestros lectores), describe a la secta judaica como “espléndido capítulo de la religiosidad y del pensamiento humano”, y como magnífico al pensamiento de Martin Buber. En el campo filosófico, detrás de

su maestro, Mons. Livi (ya citado a propósito de las ediciones Lindau), G. Zenone ha escrito *Maritain, Gilson e il senso commune*, elogiando al humanismo integral maritainiano y poniéndose en la línea de pensamiento pascaliano. Los “amigos” recomendados son –entre otros– *Cristianità, Alleanza cattolica* (Introvigne colabora en F&C y en Lindau), *Lepanto* (que tiene derecho a una colección), los discípulos de Plinio Correa de Oliveira, los carismáticos de Medjugorje... todo un mundo que ciertamente no puede ser considerado como opuesto al Vaticano II, sino que representa la “derecha” del mismo. En cuanto a Mordini (que militó durante la guerra como voluntario en el ejército alemán), no hay que asombrarse de la simpatía por Israel de un “premio Mordini”, ya que Mordini consideraba al judaísmo y al islam como religiones hermanas del cristianismo y, al igual que Evola, admiraba la Cábala (cf. FRANCO CARDINI, *L'Intellettuale disorganico*, Aragno ed. Turin, 2001, págs. 9, 57-59; F. CARDINI, prólogo de “Francesco e Maria” de A. Mordini, Cantagalli Siena 1986, págs. 8-9); sobre todo este ambiente, véase el artículo siempre actual *Costruiremo ancora cattedrali: l'esoterismo cristiano da Giovanni Cantoni a Massimo Introvigne* [Vamos a construir más catedrales: el esoterismo cristiano de Giovanni Cantoni a Massimo Introvigne], en *Sodalitium* n° 50, págs. 17-34.

7) Mons. Gherardini –en quizás las peores páginas de su libro– llega al punto de hacer suya la crítica que DH y Vaticano II hacen de la praxis de la Iglesia, considerada como “no conforme”, e incluso “contraria”, “al espíritu evangélico” (cf. DH 12; Gherardini pág. 170). Así, Cristo habría combatido la intolerancia pre-cristiana (tanto pagana como vetero-testamentaria) y él mismo habría sido víctima de la intolerancia, mientras que “algunos hombres de Iglesia actuaron con la misma intolerancia que había condenado a Jesús a muerte; a ellos alude DH 12 al señalar su falta de obediencia al Evangelio. La paz religiosa de Constantino (313), aunque solo por breve tiempo, había, es cierto, privilegiado a la Iglesia, pero a un alto precio: la intolerancia contra los herejes y los paganos. Una tal intolerancia no correspondía ni a la enseñanza del Evangelio, ni a aquel espíritu evangélico según el cual la tradición patristica ya modelaba la existencia cristiana...” (pág. 171). Después de haber condenado las conversiones forzadas realizadas por Carlomagno (transeat, pág. 171), Gherardini hace de Santo Tomás un campeón de la tolerancia (confundida con la libertad del acto de fe, pág. 172), para luego añadir increíblemente, “En fin, algunos Papas pensaron diversamente”: los culpables de intolerancia anti-evangélica habrían sido Pablo IV (con la institución del gueto), Gregorio XIII (con la obligación para los judíos de escuchar las predicaciones cristianas), la Inquisición, que estuvo “lejos de ser equilibrada” (pág. 172). Aunque postulator de la causa de Pío IX, torpemente defendido por él (págs. 175-177), Mons. Gherardini se muestra en estas páginas como lo que es: un católico liberal.

8) Aclaro que utilizo el término “lefebvrista” en el sentido, no polémico o despreciativo, de seguidor de las doctrinas y de la espiritualidad de Mons. Lefebvre; así como se habla de dominicos, franciscanos, ignacianos, salesianos, tomistas, escotistas, etc. En este sentido, el término no designa únicamente a los miembros de la Fraternidad San Pío X.

9) Una de dos cosas: o bien las “autoridades” conciliares no se proponen enseñar, y esto de manera habitual, o bien se proponen enseñar. En el primer caso, no se proponen realizar objetiva y habitualmente el bien y el fin de la Iglesia, ni asumir las funciones esenciales de la Autoridad, por lo tanto no son y no pueden ser la Autoridad; en el segundo caso, al enseñar el error, manifiestan no poseer la infalibilidad, la asistencia divina, pero sobre todo y más claramente aún, “el ser con” (“Yo estaré con vosotros...”) prometido por Cristo, y por lo tanto no pueden ser la Autoridad. En cualquier caso, no son la Autoridad.

Introducción a la Vida Devota

San Francisco de Sales

De la Paciencia

“Es menester que tengáis paciencia para que, cumpliendo la voluntad de Dios, alcancéis su promesa”, dice el Apóstol. Sí, porque, como había dicho el Salvador, “en vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”. Este es el gran bien del hombre, Filotea, poseer su alma y, conforme es más perfecta nuestra paciencia, más perfectamente también poseemos nuestras almas. Recuerda con frecuencia que Nuestro Señor nos ha salvado sufriendo y aguantando y que, así mismo, nosotros hemos de conseguir nuestra salvación con los sufrimientos y aflicciones, aguantando las injurias, contradicciones y penas con toda la suavidad que nos sea posible.

No limites tu paciencia a tal o cual clase de injurias y de aflicciones, sino extiéndela universalmente a todas las que Dios te envíe o permita que te sobrevengan. Algunos hay que sólo quieren sufrir las tribulaciones que son honrosas, como por ejemplo ser heridos o caer prisioneros en la guerra, ser maltratados a causa de su fe, empobrecerse por algún pleito después de haberlo ganado; mas éstos no aman la tribulación, sino la honra que acarrea. El verdadero paciente y siervo de Dios, de la misma manera sufre las tribulaciones vinculadas a la ignominia que las honrosas. Ser despreciado, reprendido y acusado por los malos, no es sino dulzura para un hombre de carácter; pero ser reprendido, acusado y maltratado por las personas de bien, por los amigos, por los padres, he aquí donde está el mérito.

*La Virgen se aparece a San Francisco de Sales
(Carlo Maratta)*



Es más digna de estima la mansedumbre con que San Carlos Borromeo soportó durante mucho tiempo las públicas reprensiones que un gran pecador, de una Orden extremadamente reformada, lanzaba contra él desde los púlpitos, que la paciencia con que toleró los ataques de todos los demás. Porque así como las picaduras de abejas escuecen más que las de las moscas, así el daño que recibimos de las personas buenas y la contradicción de que éstas nos hacen objeto son más insoportables que las de los demás, y ocurre con frecuencia que dos hombres de bien, llenos de buena intención, con motivo de diversidad de opiniones, se causan mutuamente grandes contradicciones y persecuciones.

Seas paciente, no sólo en lo más grande y principal de las aflicciones que te sobrevengan, sino también en lo accesorio y accidental que de ellas se deriva. Muchos querrían soportar algún mal, pero sin sentir la molestia. “Poco me importaría —dice uno— haberme empobrecido, si no fuese porque esto me privará de servir a mis amigos, de educar a mis hijos y de vivir de una manera honrosa, según quisiera”. Y otro dirá: “Yo no me apuraría, si no fuese porque el mundo creará que esto ha ocurrido por mi culpa”. Otro fácilmente se conformaría con paciencia que hablasen mal de él, con tal que nadie creyese al calumniador. Otros quisieran sufrir algunas molestias del mal, pero no todas; no se impacientan —dicen— porque están enfermos, sino porque no tienen recursos para hacerse cuidar, o bien por las molestias que causan a los que les rodean. Mas yo digo, Filotea, que hay que tener paciencia, no sólo para estar enfermo, sino también para tener la enfermedad que Dios quiere, donde quiere, entre las personas que quiere y con las incomodidades que quiere, y así de todas las otras tribulaciones.

Cuando te sobrevenga algún mal, procura combatirlo según la voluntad de Dios, porque obrar de otra manera sería tentar a su divina Majestad, pero después espera con entera resignación el resultado que Dios permita. Si Él quiere que los remedios venganzan al mal, le darás las gracias con humildad; pero si le place que el mal sea más fuerte que los remedios, bendícelo también con paciencia. Soy del parecer de San Gregorio: si eres acusada justamente por alguna culpa que hayas cometido, humíllate mucho, reconócelo mere-

cedora de la acusación que contra ti se ha hecho. Si la acusación es falsa, excúsate con dulzura, negando que seas culpable, porque te obliga a ello la reverencia a la verdad y la edificación del prójimo; pero si después de tu verdadera y legítima excusa persiste la acusación, no te perturbes en manera alguna, ni te esfuerces en hacer aceptar tus razones, porque, una vez hayas cumplido tu deber con la verdad, has de cumplirlo con la humildad.

Quéjate tan poco como puedas de las injurias que te hagan, porque es cosa cierta que, ordinariamente, el que suele quejarse peca, porque el amor propio siempre exagera las injurias; pero, sobre todo, no te lamentes en presencia de personas inclinadas a indignarse y a pensar mal. Y si fuese conveniente desahogarte con alguien, ya para poner remedio a la ofensa, ya para calmar tu espíritu, hazlo con almas tranquilas y que amen mucho a Dios, porque de otra manera, en lugar de dar descanso a tu corazón, provocarán mayores inquietudes; en lugar de arrancar la espina que te hiere, la clavarán más fuertemente en tu pie.

Muchos, cuando están enfermos, o cuando han sido afligidos o agraviados por alguien, se guardan mucho de quejarse y de mostrarse resentidos, porque les parece (y es cierto) que esto denota evidentemente una gran falta de energía y de generosidad; pero desean en gran manera y buscan, con mil rodeos, que todos les compadezcan, que tengan mucha lástima de ellos y que se les considere, no solamente afligidos, sino también pacientes y animosos. Claro está que esto es paciencia, pero es una paciencia falsa, la cual bien considerada no es más que una muy delicada y muy fina ambición y vanidad: *“Estos tienen gloria –dice el Apóstol– pero no delante de Dios”*. El verdadero paciente no se queja del mal, ni desea que le compadezcan; habla de él con ingenuidad, verdad y sencillez, sin lamentarse, sin quejarse, sin exagerar, y si le compadecen lo tolera pacientemente, a no ser que le compadezcan de un mal que no tiene; porque entonces declara modestamente que no padece mal, y si lo tiene permanece con aire tranquilo entre la verdad y la paciencia, reconociéndolo pero sin quejarse.

En las contradicciones que sobrevendrán en el ejercicio de la devoción (porque no faltarán), acuérdate de las palabras de Nuestro

Señor: *“La mujer cuando está de parto padece grandes angustias, pero al ver a su hijo nacido las olvida, porque ha dado un hombre al mundo”*. Tú has concebido en tu alma al más digno hijo del mundo, que es Jesucristo. Antes de que se forme del todo forzosamente sentirás angustias, pero ten valor, porque, una vez pasados estos sufrimientos, te quedará el gozo eterno de haber dado a luz un tal hombre; Él permanecerá enteramente formado en tu corazón y en tus obras por la imitación de su vida.

Cuando estés enferma, ofrece todos tus dolores, penas y angustias al servicio de Nuestro Señor, y suplícale que los una a los tormentos que sufrió por ti. Obedece al médico: toma los medicamentos, los alimentos y los otros remedios por amor de Dios y acuérdate de la hiel que tomó por amor nuestro. Desea curarte para servirle; pero no rehúes agravarte para obedecerle, y disponte a morir, si así le place, para alabarle y gozarle. Acuérdate de que las abejas cuando fabrican la miel viven y se alimentan de cosas muy amargas y que, de la misma manera, nosotros nunca podemos hacer actos de mayor dulzura y paciencia, ni arreglar mejor la miel de las más excelentes virtudes que comiendo el pan de amargura y viviendo de angustias. Y así como la miel extraída de la flor del tomillo, hierba pequeña y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se ejercita en las amarguras de las más viles, bajas y abyectas tribulaciones, es la más excelente de todas.

Contempla con frecuencia con los ojos interiores a Jesucristo crucificado, despojado, blasfemado, calumniado, abandonado, y finalmente saturado de toda clase de angustias, de tristezas y de trabajos, y considera que todos tus sufrimientos, ni en calidad, ni en cantidad, no pueden en manera alguna compararse con los suyos, y que jamás padecerás tú por Él cosa alguna que equivalga a lo que Él ha sufrido por ti. Considera las penas que sufrieron los mártires y las que sufren tantas personas, más graves, sin comparación, que las que a ti te afligen, y di: *“Ah Señor, mis trabajos son consuelos y mis penas son rosas, comparadas con las de aquellas personas que viven en una muerte continua, sin socorro, sin asistencia, sin alivio, cargadas de aflicciones infinitamente mayores”*.

De la humildad interior

Pero tú, Filotea, deseas que te conduzca más adelante por el camino de la humildad, pues todo lo que te he dicho es más bien prudencia que humildad, ahora pues iremos más allá. Muchos no quieren ni se atreven a pensar y a considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de sentir vanagloria y complacencia, en lo cual ciertamente se engañan, porque –como dice el gran Doctor Angélico– el verdadero medio para alcanzar el amor de Dios es la consideración de sus beneficios; cuanto más los conozcamos, más le amaremos; y como que los beneficios particulares mueven más que los comunes, deben ser considerados con más atención.

A la verdad, nada puede humillarnos tanto delante de la misericordia de Dios como la consideración de sus beneficios, ni nada puede humillarnos tanto delante de su justicia como la multitud de nuestros pecados. Consideremos lo que Él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra Él, y así como pensamos minuciosamente en nuestros pecados, pensemos también minuciosamente en sus gracias. No hemos de temer que lo que Dios ha puesto de bueno en nosotros nos hinche, mientras tengamos bien presente esta verdad: que nada de cuanto hay en nosotros es nuestro. Ah Señor, ¿dejan los

mulos de ser animales pesados y mal olientes por el hecho de llevar a cuestas los muebles preciosos y perfumados del príncipe? ¿Qué tenemos de bueno que no hayamos recibido? ¿Y si lo hemos recibido por qué nos hemos de ensoberbecer? Al contrario, la consideración viva de las gracias recibidas nos humilla, pues el conocimiento engendra el reconocimiento. Pero si al recordar las gracias que Dios nos ha hecho nos halaga cierta vanidad, el remedio infalible será acudir a la consideración de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones, de nuestras miserias.

Revista **Integrismo**

Integrismo es una publicación doctrinal que aparece por vía electrónica. Si conoce otras personas que pueden estar interesadas en nuestra publicación, puede enviarnos las direcciones de mail; las ingresaremos a nuestro fichero y Ud. habrá realizado una obra apostólica.

El Padre Romero no se encuentra en el país, si desea contactarnos escribanos por correo electrónico:

integrismo@yahoo.com.ar
feintegra@gmail.com

Visite nuestra página web:
<http://integrismo.over-blog.com/>

Si desea ayudarnos económicamente: Puede contactarnos y hacernos llegar su ayuda según sistema que indicaremos (también para transferencias internacionales).

¡Feliz Navidad y Santo Año Nuevo!



Algunas de nuestras actividades

Foto de grupo en la entrada de la Basílica del Santo Sepulcro, la cual visitáramos durante la peregrinación a Tierra Santa organizada por nuestros amigos del Instituto *Mater Boni Consilii*, el Abbé Jocelyn Le Gal y Don Ugo Carandino (7-16 noviembre 2011). Entre los peregrinos venidos de Francia y de Italia, participaron también algunos fieles de la capilla de Rennes, en la cual ejercemos el ministerio.

